

Verdadera vocación

Las pasiones de Sabina Alkire: Medir y erradicar la pobreza

Alan Wheatley

HAY muchos economistas dedicados al tema del desarrollo, pero Sabina Alkire es de los pocos que también es sacerdote. Como Directora de la Iniciativa Oxford sobre la Pobreza y el Desarrollo Humano (OPHI, por sus siglas en inglés), Alkire lleva jovialmente sus creencias religiosas. En su pequeña y funcional oficina en el edificio de Botánica de la Universidad de Oxford, el único símbolo espiritual es un mandala del nudo infinito, uno de los símbolos más auspiciosos del budismo tibetano.

“Mis amigos íntimos consideran absurdo que sea una persona de fe”, dice con una risa contagiosa y casi infantil. “No veo diferencia entre mis amigos ateos o humanistas y yo. A todos nos motiva la pasión”.

Pero cuando habla del índice de pobreza multidimensional con el que se asocia su nombre, queda claro que tiene más que una simple pasión académica por observar y medir mejor la pobreza como condición previa para erradicarla. “Los que trabajamos en el área de desarrollo compartimos un profundo compromiso con la humanidad y la justicia, aunque la fe, e incluso la doctrina, sean diferentes”, dice.

Un panorama detallado

El índice de OPHI busca complementar el punto de referencia tradicional de pobreza, el ingreso de US\$1,25 por día, pintando un panorama más matizado de cómo exactamente las personas son pobres en diferentes aspectos de sus vidas. “Se necesita de ambos para entender bien la pobreza”, dice Alkire, que tiene doble nacionalidad estadounidense y británica.

El Índice de pobreza multidimensional (IPM), basado en encuestas de hogares, consta de 10 indicadores ponderados en tres áreas: *salud*, medida en función de la nutrición y la mortalidad infantil; *educación*, representada por los años de escolaridad y asistencia a centros educativos; y *estándar de vida*, evaluado según el acceso a electricidad, saneamiento, agua, tipo de piso, combustible para cocinar y propiedad de bienes básicos. Quienes carecen de un tercio o más de los indicadores se consideran “multidimensionalmente pobres”.

Alkire quiere que el índice sea parte de una revolución en materia de datos que oriente la lucha contra la pobreza.

El índice mundial de junio de 2015 abarcó 101 países y una población de 5.200 millones, unos tres cuartos del total mundial, 30% de la cual, en promedio, era pobre según el IPM. El equipo de Alkire —insiste en que es un esfuerzo de equipo— distribuyó los resultados en 884 regiones subnacionales, con información que no se ofrece en los promedios por país.

Una de las ventajas del IPM de la OPHI es que los gobiernos pueden adaptar la metodología del índice a sus propias circunstancias, por ejemplo, ajustando las ponderaciones y los umbrales de corte. De hecho, Alkire dice que su equipo ahora dedica la mayor parte de su tiempo no al índice global sino a los IPM nacionales. Dado que un IPM puede desglosarse por indicador, las autoridades pueden observar no solo el índice de recuento de la pobreza sino también concentrarse en las carencias de las diferentes categorías demográficas, como región o etnia. Es decir, el índice capta la *incidencia* y la *intensidad* de la pobreza de los hogares en distintas dimensiones, lo cual ayuda a los gobiernos a focalizar las políticas.

“Estos dos componentes permiten, especialmente a los analistas de política económica, entender mejor la pobreza de un país y su dinámica mediante comparaciones en el tiempo”, dice Milorad Kovacevic, jefe de Estadística del Informe sobre Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en Nueva York. En su emblemático *Informe sobre Desarrollo Humano* de 2010, el PNUD reemplazó su índice de pobreza por un IPM creado en OPHI por Alkire y María Emma Santos, profesora adjunta de economía en la Universidad Nacional del Sur en Bahía Blanca, Argentina.

En 2014 el PNUD comenzó a calcular el índice por sí solo debido a ciertas diferencias metodológicas. Pero desde entonces las partes han resuelto las discrepancias y han acordado elaborar un IPM único en 2016. “Son colegas estupendos y será bueno trabajar juntos nuevamente”, dice Alkire.

Bután, Chile, Colombia, Filipinas y México ya adoptaron un IPM nacional oficial para orientar la asignación de recursos y evaluar la correcta aplicación de políticas. Otros países, como Túnez, se preparan para seguir su ejemplo.

Colombia usa su IPM como guía para el plan de desarrollo nacional de 2014–18, según el Presidente Juan Manuel Santos. “La lucha contra la pobreza multidimensional es más difícil, pero mucho más eficaz”, dijo Santos en la tercera reunión de la Red Global de Pobreza Multidimensional, celebrada en junio en Cartagena, Colombia. Esta iniciativa Sur-Sur reúne a autoridades de 40 países.

Alkire dice que el índice no debe “anquilosarse”. Quiere que sea parte de una revolución en materia de datos que oriente la lucha contra la pobreza. “Lo que realmente me gusta es que trabajamos con gente apasionada y comprometida que toma y usa las mediciones para formular políticas. Ahora estamos en una fase muy dinámica y creativa”, dice.

El índice de pobreza multidimensional le debe mucho al trabajo de Amartya Sen. La pobreza, escribió Sen en su libro del año 2000 *Desarrollo y libertad*, debe verse como “la privación de capacidades, y no solo de bajos ingresos”. Alkire considera al economista indio su mentor. De hecho, él había aceptado ser examinador de su tesis doctoral, pero debió desistir por falta de tiempo tras ganar el Premio Nobel de Economía en 1998.

La biblioteca de Alkire está repleta de trabajos de Sen. Sobre su armario hay un volante de una de sus conferencias en Oxford del 2013 y un cartel afuera de su oficina con una cita de la conferencia de Sen “Possibility of Social Choice” (Posibilidad de tomar una opción social) que resume la misión de OPHI: “¿Cómo llegar a juicios globales sólidos sobre la pobreza dada la diversidad de preferencias, intereses y problemáticas de las diferentes personas en una sociedad?”.

Sen es asesor de OPHI y Alkire se comunica con él a menudo. “Pero él no está en el día a día, el IPM es nuestro trabajo”, dice. “Puede hacer críticas. Puede tener una idea diferente. Le da mucha libertad a quienes tratan de desarrollar su trabajo. No intenta dirigirlo para nada”.

Un rodeo en el camino

Alkire pasó por otras etapas antes de llegar al tema de la medición de la pobreza. Nació en 1969 en la ciudad universitaria alemana de Göttingen, pero era bebé cuando su padre aceptó un trabajo para enseñar ingeniería química en la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign. Alkire se graduó en 1989 en esa misma universidad en Sociología y estudios preliminares de medicina, y fue aceptada en la Facultad de Medicina de Johns Hopkins. Sin embargo, durante su año sabático, decidió no aceptar la plaza para no endeudarse.

Ese año también trabajó tres meses como voluntaria en una organización no gubernamental que vacunaba refugiados afganos fuera de Peshawar, Pakistán. “Vivía con una familia. El hijo estudiaba en mi universidad y las hermanas tenían mi edad, así que me compenetré totalmente con la cultura y el idioma y amé el Islam”, recuerda. En India pasó unas semanas en el hogar para moribundos de la Madre Teresa en Calcuta, visitó asentamientos tibetanos en Himachal Pradesh, y trabajó en campamentos de refugiados de Sri Lanka al sur del país. “Fue la experiencia normal de ‘año sabático’ de estudiante, para tratar de absorber lo más posible”. Luego decidió incursionar en la teología. “No sabía qué era, así que fue una elección

rara”, dice ingenuamente. “Tenía, y aún tengo, una fe profunda, es gran parte de mi vida. Quería aprender sobre Dios y me di cuenta de que la teología no se trata de eso. Al parecer, es el estudio de textos que tienen que ver con Dios”. Alkire obtuvo un Diploma en Teología en Magdalen College, Oxford, en 1992, pero dice que fue difícil: “Para ser franca, casi repruebo Doctrina: nunca entendí muy bien la diferencia entre el mal y el sufrimiento”. Pero obtuvo altas calificaciones en su trabajo sobre el Islam. “Habrá sido porque me gustó el curso y había aprendido árabe coránico así que pude incluir citas en árabe”. Después hizo una maestría en ética política cristiana, para indagar sobre formas de ser útil en materia de desarrollo respetando los valores culturales y espirituales de otros. No era, dice diplomáticamente, “lo ideal” para el Departamento de Teología de Oxford. Su tesis de maestría de 1994, que trataba de un análisis teológico del concepto del alivio de la pobreza en el Banco Mundial desde 1990, era muy moderna para el Departamento y no la aceptaron en el doctorado. Así que volvió a cambiar, esta vez a la Economía, a instancias de Rosemary Thorp, entonces profesora de economía latinoamericana, a quien Alkire describe como una “mujer maravillosa”. Dice que fue una evolución natural, ya que había probado clases desde econometría a teoría del desarrollo y le parecieron “muy interesantes y fáciles”, y ya estaba profundizando en el trabajo de Sen. Para 1995 tenía una maestría, y en 1999 un doctorado, ambos sobre el enfoque de capacidades para el desarrollo elaborado por Sen.

Después de incorporarse al Banco Mundial, donde trabajó de 1999 a 2001, Alkire empezó a prepararse para su ordenación, y así conoció a Edmund Newell, entonces capellán del obispado de Oxford. Igual que ella, había pasado de la Teología a la Economía, estudió Economía e Historia de la Economía en Oxford antes de convertirse en sacerdote de la Iglesia de Inglaterra. Escribieron juntos un libro que analizó los Objetivos del Milenio de las Naciones Unidas desde una óptica teológica y práctica.

“Ella se ocupa de la economía con la misma vocación que del cristianismo. Se consagra íntegramente a ella y a las personas que están detrás. Fue una de las cosas que más me impactaron de trabajar con ella”, dice Newell, que ahora dirige un centro educativo sin fines de lucro en las afueras de Londres.

“No se trataba de teoría económica abstracta, sino de formas prácticas de ayudar a los pobres del mundo. Esto se trasluce en nuestra forma de trabajo y en todo lo que ella hace”, agrega.

Desde hacía tiempo Alkire quería usar el enfoque de capacidades de Sen para medir la pobreza multidimensional, y en 2006 finalmente se dio la oportunidad, cuando comenzó a colaborar con James Foster, ahora profesor y experto en métodos de medición en la Universidad George Washington en Washington, D.C. Cuando era estudiante en la Universidad de Cornell, en 1984 Foster creó con Joel Greer



Retrato de Alkire, pintado por el fallecido Carl Lazzari en 2006; detalle de “La resurrección de Lázaro”.

y Erik Thorbecke (también de Cornell) el índice de pobreza epónimo FGT, que aún se usa ampliamente para medir variables únicas como el ingreso, el consumo y la ingesta de calorías. Foster primero “dudaba de todo lo multidimensional”, dice Alkire, que por entonces estaba formando OPHI. “Pero pasamos una semana solo discutiendo el tema”, recuerda. “Entonces, creo que él se dio cuenta de que sí era posible, usando metodologías basadas en su trabajo”.

La metodología Alkire-Foster sobre la que se basa el IPM surgió de esa maratón de ideas. Alkire dice que aprendió mucho de Foster. “Estaba más orientado al trabajo teórico.

Cuando se precisan pruebas, él es la persona indicada. Es como un idioma que entiendo, pero no hablo”, dice con nuevas risas. “Trato, estoy tratando de aprender más, pero él me supera totalmente en esto”.

Un crítico serio

Alkire dice que aprender a meditar suavizó lo que ella describe como sus “berrinches” infantiles. Pero seguramente su ecuanimidad se puso a prueba en 2010 cuando en Bhután, nada menos que durante un retiro de meditación, se enteró de que Martin Ravallion, entonces investigador principal del Banco Mundial, había hecho añicos el nuevo entusiasmo por los índices de pobreza multidimensionales. “Caminé tres millas hasta el hotel para encontrar Internet y responder”, recuerda Alkire.

Apuntando al nuevo IPM del PNUD, Ravallion sostuvo que no es creíble suponer que un único índice pueda captar todas las dimensiones de la pobreza. “Todos creemos que reducir la mortalidad infantil es un objetivo de desarrollo importantísimo, pero ¿cómo se puede sostener . . . que evitar la muerte de un niño equivale a aliviar la combinación de privaciones de tener un piso de tierra, cocinar con leña y no tener radio, TV, teléfono, bicicleta o auto?”, escribió.

Cinco años después, Ravallion, ahora profesor de Economía en la Universidad de Georgetown en Washington, D.C., sigue siendo un duro crítico. Para él, mezclar varias mediciones de pobreza en un solo índice es como combinar todos los botones de un auto en un solo instrumento. “Las dimensiones de bienestar del desarrollo humano son muy importantes para evaluar el progreso social, pero no quiero mezclarlas con los bienes materiales”, dice. “Quiero observarlas de forma separada. Ver en qué está bien o no un país”. Combinar diferentes indicadores en un IPM podría ser sumamente dañino si las autoridades no entienden el peso de cada factor en el índice, opina Ravallion. “Yo haría un firme llamado a manejarlo con cuidado”, dice. “Los gobiernos miran estos índices. No saben qué ingredientes se usaron para su preparación. No creo que sea una forma cabal de formular políticas”.

Se sobreentiende que a los analistas de política les gustan más los índices multidimensionales como el IPM de OPHI que a los economistas. Además de la subjetividad implícita en elegir los componentes y su ponderación, el índice recibe

críticas por basarse en encuestas e indicadores internacionales que pueden no ser aplicables en todos los países. ¿Es apropiado, digamos, medir la pobreza en África igual que en los países de la antigua Unión Soviética? Los estadísticos también desconfían del índice principal del IPM, que usa datos ordinales y no cardinales. “El fin de estos índices compuestos es la comunicación. Nadie pretende que sean muy precisos”, dice Kovacevic del PNUD. “Pero si la gente es curiosa y quiere saber por qué las cosas son de una forma en un país y de otra en otro, pueden desplegar el índice y analizar los componentes”.

Charles Kenny, del Centro para el Desarrollo Mundial, un grupo de expertos de Washington, está de acuerdo con Alkire en que es engañoso examinar la lucha contra la pobreza solo bajo la óptica del ingreso. Países como Haití y la República Democrática del Congo han tenido leves mejoras en la mortalidad infantil y la educación aunque el ingreso sigue estancado, dice Kenny, autor de *Getting Better: Why Global Development Is Succeeding—and How We Can Improve the World Even More*. Pero también le preocupa que el IPM pueda remplazar a la cifra global políticamente conveniente del ingreso de US\$1,25 por día. “Me pregunto si, después de sostener que la pobreza es multidimensional, el IPM no terminará siendo un número único”.

Otra cuestión es que un índice es bueno solo si lo son los datos subyacentes, que en las economías emergentes suelen ser de calidad deficiente. “El problema de la información en cuestiones de desarrollo es dual: sabemos menos sobre los países más pobres y menos sobre las personas más pobres en los países pobres”, dice Morten Jerven, autor de *Africa: Why Economists Get It Wrong* (África: Por qué se equivocan los economistas). Por ejemplo, los estudios en el terreno sobre si los hogares tienen acceso real a la electricidad —uno de los indicadores del IPM— no son suficientemente frecuentes. “El IPM hace un cierto desglose, y un poco mejor que otras mediciones”, dice Jerven, profesor adjunto en Simon Fraser University en Burnaby, British Columbia. “Pero si las cifras empleadas no se actualizan a menudo o no se basan en observaciones reales, estas tendencias no significan nada”.

La búsqueda de mejores indicadores de pobreza coincide con dudas crecientes sobre la capacidad de la Estadística convencional, especialmente el PIB, para medir el crecimiento económico en la economía digital, y aún menos el bienestar y la sostenibilidad ambiental.

“Para medir con precisión nuestro avance hacia estilos de vida sostenibles, creemos que se debe ir más allá de la medición del PIB”, dijo Gudrun Kopp, Ministro de Cooperación Económica y Desarrollo de Alemania, al explicar por qué Berlín comenzó a apoyar el trabajo de OPHI.

Diane Coyle, autora de *GDP: A Brief but Affectionate History* (El PIB: Una historia corta, pero afectuosa) aboga por la medición de un panel de indicadores que contribuyan al bienestar social, como el Índice para una Vida Mejor de la OCDE. “Existe el argumento contrario de que se necesita una sola cifra porque es lo que llama la atención de votantes y políticos”, dice Coyle. “Pero eso, aunque es atractivo, oculta algunas disyuntivas propias de la política económica”.

Alkire reconoce la utilidad del panel de indicadores pero sugiere que debería incluir un IPM. “En lo que no estamos de acuerdo es en que se deban observar las privaciones de forma individual sin fijarse nunca en los que sufren muchas privaciones a la vez”, explica. El sitio web de OPHI meritoriamente ofrece enlaces a documentos y blogs que critican el IPM. “No salimos a flote porque todavía hay mucha resistencia a nuestro trabajo”, dice. Dentro del mismo equipo de OPHI hay “peleas intensas y cordiales” sobre cómo mejorar el índice. “Nada está más allá de la crítica y yo, ciertamente, tengo muchas críticas sobre el índice y la metodología”, agrega. No todos los datos son comparables ni actualizados y hay huecos en las encuestas regionales subnacionales. Pero el índice es bastante bueno y mejora rápidamente a medida que mejora la calidad de las encuestas. “Hay una serie de críticas que entiendo y respeto. Pero en la práctica, no estoy de acuerdo con ellas”, afirma.

Temas pendientes

¿Qué tiene por delante Alkire? Está decidida a seguir mejorando el IPM y ampliar su cobertura para medir el empleo, el empoderamiento (“su pasión”) y la violencia. Desearía elaborar un índice que arroje más luz sobre cómo viven y son tratadas las mujeres, pero esta iniciativa requiere amplio apoyo político. “Uno no se puede adelantar a la situación de los países”, dice Alkire. “Esta decisión le compete a la comunidad internacional. Si quieren un índice sobre género, sabemos cómo hacerlo, pero no tenemos los datos”.

Es erróneo considerar que medir la pobreza multidimensional requiera muchos más datos que el seguimiento de la pobreza en términos de ingreso o consumo. Por ejemplo, el IPM usa solo 39 de las 625 preguntas de las Encuestas Demográficas y de Salud de la Agencia de los Estados Unidos, una de las fuentes principales de OPHI (la otra son las Encuestas de Indicadores Múltiples por Conglomerados de UNICEF). Bastan pequeños ajustes en las preguntas. “En pocos segundos se obtiene información muy superior”, dice.

En septiembre de 2016 Alkire comenzará a dirigir su programa desde Estados Unidos donde aceptó un puesto de profesora a tiempo completo en la Universidad George Washington junto a James Foster. “GW fue muy amable en ofrecerme una transición suave y prudente”, dice. Pero la investigación sobre medición de la pobreza seguirá en Oxford de una forma u otra. “No tenemos idea de cómo será en la práctica”, dice Alkire. “Solo quiero poder seguir trabajando en esto”.

Mientras tanto, tiene bastante por hacer. La iglesia la tiene alejada de sus pasatiempos: cocinar, hacer ejercicio y meditar. Además de sus obligaciones como capellán honorario en el Magdalen College, está muy comprometida con su parroquia Cowley St. John al este de Oxford, que estuvo mucho tiempo sin vicario. “Hace un año que lo hago, pero realmente cambió mi vida. Tengo que estar en casa casi todos los domingos. Es raro”, ríe. El trabajo de Dios, parece, nunca termina. ■

Alan Wheatley es redactor y editor económico, anteriormente en Reuters, y editor y coautor de The Power of Currencies.